

Si en milenios la mujer no ha aprendido a pensarse genericamente, la lesbiana no se ha reconocido ni como género ni como historia. Este pensarse con los parámetros del patriarcado, es decir, ahistoricamente, ha hecho que el lesbianismo (la lesbiana) circulara por la historia ajena a ella, marginada por la sociedad y automarginada por su "no pensarse".

Pocos ensayos abordan el lesbianismo como entidad e identidad separada y absolutamente diferenciada de la homosexualidad masculina. En "La Amante Celeste" Rosanna Fiocchetto propone un análisis del lesbianismo desde lo histórico, desde la lesbiana ausente en un sistema social que pretende ahora redimirla. Queda claro a lo largo de "La Amante Celeste" que ninguna identidad sexual necesita ser "redimida" por el sistema ni por la historia. La única redención esta en aprender a pensarse historicamente para proyectarse hacia un futuro de respeto y dignidad para todas las mujeres.

LA AMANTE CELESTE

ROSANNA FIOCCHETTO



LA LLAVE LA TENGO YO

nacido en Roma en
18, soy escritora,
ora y también librera
a Librería de Mujeres
Roma.

oy comprometida
xamente desde hace
te años en la política
inista y lesbiana.

co-presidenta del
tro Feminista
aratósta de Roma y de
Unión entre Lesbianas
bianas.

publicado ensayos y
ículos en numerosas
istas feministas.

1985 participé, con
as mujeres, en la
dación de la casa
torial lesbiana "Estro"
Florenca.

igo algunos libros
blicados, "Come
vamo", Roma 1976,
alien der Frauen",
nich 1988, "Scritture,
ittrici", Roma 1988,
también escribo poesías y
ntos.

sanna Fiocchetto

Bilbao 4-Setiembre-1993
Fiocchetto

LIBRERIA SAN JOSE
Lotería, 3 - Teléf. 415 18 07
48005 BILBAO

Rosanna Fiocchetto

La Amante Celeste

La destrucción científica de la lesbiana



INDICE

<i>Capítulo I</i>	
El lesbianismo entre pecado y delito.....	11
<i>Capítulo II</i>	
La patologización del lesbianismo.....	23
<i>Capítulo III</i>	
La interpretación organicista del lesbianismo.....	31
<i>Capítulo IV</i>	
El caso Radclyffe Hall.....	51
<i>Capítulo V</i>	
La teoría freudiana sobre la sexualidad lésbica.....	59
<i>Capítulo VI</i>	
El lesbianismo en el movimiento psicoanalítico.....	69
<i>Capítulo VII</i>	
La investigación de la feminidad.....	81
<i>Capítulo VIII</i>	
Primeros estudios sobre la identidad lésbica.....	91
<i>Capítulo IX</i>	
La difícil práctica de la diferencia sexual.....	99
Bibliografía.....	110

Traductora: María Cinta Montagut Sancho

Directoras de la colección: Las Moiras

Dibujo de la cubierta: María Colino

Montaje portada y maquetación: Maite Rozas

© 1987 Estro Editrice

*Reservados todos los derechos de esta edición para "horas y HORAS la editorial"

San Cristóbal, 17. 28012 Madrid - Tel. 521 70 43

I.S.B.N. 84-87715-23-0

Depósito Legal: M - 15402 - 1993

Imprime: Tanceti

Impreso en España

En la autorrepresentación de la novela, lo mismo que en un espejo, se refleja una imagen inculcada obsesivamente durante decenios: la negación ha producido finalmente la autonegación. Y mientras otras viven la autonegación apartando la identidad lésbica de sí mismas o desdibujándola en el mítico "tercer sexo" de la androginia, como Virginia Woolf en *Orlando* o Djuna Barnes en *El bosque de la noche*, Radclyffe Hall la vive suprimiendo casi totalmente su propio cuerpo/alma femenino. El miedo parece haber vencido al deseo reproduciendo la imagen misma del miedo. Lo parece. Porque escribir la propia historia, nombrar el propio secreto es para Radclyffe Hall un acto ético que transmite, a pesar de todo, a las mujeres lesbianas que vendrán después el testimonio de una existencia y de una resistencia. Si el deseo vive, si lo vive una mujer que ha renunciado a su identidad como mujer, mañana el deseo podrá liberarse: y este "saber" es motivo de una secreta felicidad. Como la que Radclyffe Hall expresa en la poesía *La disoluta*:

Me han llamado extraña. Mas ¿qué podían saber
de tu sonrisa, de tu habla,
de tu paso indolente y ondulante,
de tus manos, de tu cuerpo.
de tus inquietas e infantiles fantasías?
Además había tanta felicidad en ti
que no tuve el valor de destruirla.
¡Me llaman disoluta! ¿Qué pueden saber
de la vida que tomaremos y de la noche que fue,
y el sentimiento que fue tan exacto
abrazarnos, besarnos,
temerosas de lo que perdimos?
¡Oh desvergonzada y mala soy
pero también completamente feliz!



V. La teoría freudiana sobre la sexualidad lésbica

La doctrina psicoanalítica, al contrario de las teorías somático-constitucionales, atribuye la causa de la homosexualidad a un mecanismo psicógeno que se reproduce de forma simétrica analizando la psicogénesis del lesbianismo. Resumiremos brevemente esta doctrina.

El "impedimento" a la normal orientación heterosexual de la libido es de origen psíquico, el individuo del mismo sexo hacia el cual se dirige dicha libido será siempre un objeto sustitutivo. Los obstáculos psicogénicos que cierran el paso a la orientación "normal" de la libido tienen su origen en inhibiciones o frenos inconscientes de origen infantil, ligados al complejo de Edipo: el niño/a se detiene en su orientación hacia el progenitor del sexo opuesto considerándolo culpable y prohibido. A continuación de esta renuncia tiende a realizar en sí las características interiores y exteriores de los seres amados y perdidos con los que se identifica: el niño asume comportamientos femeninos y la niña comportamientos masculinos. El tratamiento terapéutico psicoanalítico se propone hacer cons-

cientes factores inconscientes que bloquean la orientación "normal" de la libido: si el sujeto no se ha organizado psíquicamente todavía de un modo estable, la homosexualidad y el lesbianismo serán curables ya que la libido puede reencontrar la vía de su orientación objetual "normal" y abandonar la "sustitutiva" que había creado.

El conjunto de estas ideas deriva de la investigación de Sigmund Freud y de las hipótesis avanzadas por él sobre la sexualidad femenina, hipótesis extraídas del análisis del desarrollo psicosexual del hombre. Estudiando la potencial "perversidad polimorfa" de los niños, Freud atribuye las desviaciones sexuales de la norma a un mecanismo de regresión infantil originado por combinaciones incompletas de impulsos. Abandona pues las teorías de la disposición "innata" y patológica pero únicamente para encaminarse hacia el concepto de perversión como "síntoma morboso", es decir, como enfermedad que hay que curar.

En 1905 traza un primer esbozo del desarrollo psicosexual femenino partiendo de observaciones clínicas -como la que derivaba el placer sexual de la zona clitoridea en una primera fase infantil y de la vagina en una segunda fase madura- sucesivamente desmentidas, como veremos, por Melanie Klein en sus estudios específicos sobre la sexualidad infantil. Freud afirma "La vagina no existe durante muchos años... Para las mujeres en la infancia la genitalidad se desarrolla esencialmente en el clítoris. La vida sexual de la mujer se divide normalmente en dos fases, la primera de ellas de carácter masculino y sólo la segunda de carácter específicamente femenino. En el desarrollo de la mujer hay como un traspaso de una fase a la otra". A propósito de esta tesis freudiana según la cual el clítoris es un "pequeño pene", Jane Rule ha observado: "Se podría afirmar de manera igualmente ridícula

pero lógica que el pene es un grotesco engrosamiento del clítoris y esencialmente un órgano femenino."

Ligando la "normalidad" a estos parámetros biológicos, Freud enfoca la concepción de una "bisexualidad" psíquica innata en la que destaca la "actividad" masculina y la "pasividad" femenina y el postulado de la "envidia del pene" por parte de la niña. Freud sostiene que "con el descubrimiento de la falta del pene la mujer pierde valor a los ojos de la niña. Su amor dirigido a la madre se debilita con el descubrimiento de que la madre está castrada y entonces es posible abandonarla como objeto amoroso" enderezando la pulsión erótica hacia el padre y hacia otros hombres. La lesbiana en cambio no habrá sabido resolver normalmente este "conflicto edípico".

En el caso de lesbianismo analizado en 1920 (*Psicogénesis de un caso de homosexualidad en una mujer*), Freud atribuye su causa a la "continuación de una fijación infantil en la madre" y a un "fortísimo complejo de virilidad". Veamos el origen de este último síntoma ligado a la historia personal de la muchacha de dieciocho años "bella e inteligente" por él estudiada:

"Vivaz, siempre dispuesta a jugar y a pelearse no estaba dispuesta a que la consideraran una segundona respecto al hermano mayor; tras haberle visto a este último los órganos genitales, desarrolló una fuerte envidia del pene y los pensamientos nacidos de esta envidia continuaban a llenarle la cabeza. En efecto, era una feminista; le parecía injusto que las chicas no pudiesen gozar de la misma libertad que los muchachos y se rebelaba contra el destino de las mujeres en general."

Esta interpretación de Freud merece al menos dos objeciones: la primera que su juicio es contemporáneo al enfurecimiento del movimiento sufragista en el que el

lesbianismo tuvo una plaza importante; la segunda que en el curso del análisis, al contar su propia historia sexual, había hablado sólo de repugnancia al ver los órganos genitales del hermano durante su infancia y que el sentimiento de "envidia" es una interpretación libre de Freud. Pero la lectura de este caso ofrece muchos más detalles sorprendentes. El motivo que había llevado a la muchacha a emprender una terapia había sido una medida disciplinaria de su padre (que Freud define como un hombre sincero y respetable) a causa de la pasión que aquella sentía por una mujer de veintiocho años que convivía con otra mujer. "Cuando él supo sus tendencias homosexuales se indignó y trató de eliminarlas con amenazas. En aquellos tiempos era bastante dudoso si debía considerar a su hija como una viciosa degenerada o como una enferma mental, cosa tan grave la una como la otra." La madre "una mujer todavía joven" entretanto "no había tomado tan trágicamente como el padre el enamoramiento de la hija ni le había atribuido la misma importancia. Por un cierto tiempo había incluso recibido las confidencias relativas a su pasión. Su oposición parecía determinada sobre todo por la ligereza y la franqueza con que la muchacha manifestaba incluso en público los propios sentimientos". Un día al encontrar en la calle a su hija del brazo de la mujer de la que estaba enamorada, el padre había lanzado "una mirada furibunda que no presagiaba nada bueno" y ella, la hija, se había lanzado desde lo alto de una tapia hiriéndose de poca gravedad.

"Ni siquiera después de la tentativa de suicidio consiguió él dar prueba de aquella loable resignación demostrada por un colega nuestro que ante una irregularidad acaecida en su casa comentó 'Es una desgracia como otra cualquiera'. En la homosexualidad de su hija había algo que despertaba en él una profunda amargura y estaba decidido a combatirla con todos

los medios a su alcance. La baja consideración que se tenía en Viena por el psicoanálisis no le impidió recurrir a este procedimiento. Si éste le hubiese fallado tenía guardada otra medida todavía más enérgica: un rápido matrimonio que hubiera despertado los instintos naturales de la muchacha y sofocado las tendencias contra natura."

Bajo esta presión la joven accede a someterse a la "cura" aunque sólo fuera para no soportar mayores presiones por parte de la familia en un momento en que "la señora, que hasta entonces había acogido con frialdad sus atenciones, quedó conmovida por tal prueba de auténtica pasión y comenzó a tratarla más amistosamente".

En el encuentro terapéutico con la joven lesbiana Freud trata de imponerle sus teorías, pero sin éxito. El se justifica así:

"En el caso del que nos estamos ocupando había características desfavorables incluso en el hecho de que la muchacha no estaba de hecho enferma (no sufría interiormente ni se lamentaba de su estado) y el trabajo requerido no consistía en resolver un conflicto neurótico sino en convertir una forma de organización genital de la sexualidad en otra."

Las estrategias freudianas en tal sentido son notables; el analista se la ingenia para ejercitar una presión en la paciente para inducirla a referir las propias pulsiones amorosas a los hombres y a las mujeres. Ante todo postula que la "adhesión" a la otra mujer deriva del parecido físico de ésta con el hermano mayor de la paciente. Otros postulados son: la naturalidad del amor infantil, incluso sexual, por el padre ya que "en los albores de la civilización, todas las mujeres pertenecían presumiblemente al padre, cabeza de la organización primitiva"; el deseo de tener un hijo de él, la rivalidad con la madre.

Freud trata así de hacer reflexionar a la muchacha sobre su propio lesbianismo:

“Esta es la explicación: la muchacha había sufrido la gran desilusión mientras experimentaba, en la pubertad, el renacimiento del complejo de Edipo infantil. Deviene profundamente consciente del deseo de tener un niño, precisamente un varón; la conciencia no supo que realmente deseaba un niño de su padre y una imagen de él. ¿Qué sucedió?”

Que no fue ella quien tuvo el niño sino su madre, la rival inconscientemente odiada. Furiosamente resentida y amargada se alejó del padre y de los hombres en general. Después de esta derrota grave renegó de su feminidad y buscó otra meta para su propia libido.”

El amor de una mujer hacia otra en la óptica patriarcal de Freud, tiene que nacer forzosamente a través de un hombre. Fijada de esta manera esta “posición libídica” acuña el prejuicio aún vigente de la mujer amada como “sustituto de la madre”.

“Después de la desilusión esta muchacha había repudiado del todo su deseo de tener un hijo, el amor de los hombres y el rol femenino en general. Es evidente que llegando a este punto hubieran podido suceder muchas cosas y muy diversas. Lo que sucedió fue el caso extremo: se convirtió en un hombre y sustituyó el amor del padre por el de la madre a la que convirtió en el objeto de su amor... Como no podía hacer nada con su madre surgió de esta transformación del sentimiento la búsqueda de una sustituta de la madre a la que amar apasionadamente.”

El juego se ha cumplido. Incluso la tentativa de suicidio de la muchacha se dirige, obviamente, al padre, como “venganza premeditada dirigida contra él” y como realización simbólica del hecho de tener un hijo suyo; sobre la base de la consideración de que, en el lenguaje del inconsciente “lanzarse al vacío=dar a luz a un niño”. Esta interpretación de Freud prescinde totalmente de la explicación de la muchacha sobre las circunstancias del gesto:

“Había confesado a la mujer que el hombre que las había mirado de aquel modo era su padre y que le había prohibido absolutamente frecuentarla. La mujer quedó bastante contrariada y ordenó a la muchacha que se fuera inmediatamente, que no la buscara más y que no le dirigiera la palabra: la relación debía terminar. Desesperada por haber perdido para siempre y de esa manera a su amada, la muchacha quería poner fin a su vida.”

Pero Freud, como hombre, no puede creer que esto suceda entre dos mujeres y, sobre todo, no puede permitirse el confirmarlo. Así pues, aunque “entre los motivos expuestos por la muchacha el padre no era mencionado” él le asigna un papel central en la historia.

La joven lesbiana acoge sus teorías con distancia y sin dejarse influir en lo más mínimo: “Una vez, mientras le exponía un punto particularmente importante de la teoría, y que le tocaba de cerca, replicó ‘De veras interesante’ como si fuese una gran dama que visitaba un museo y mirase a través de sus gafas objetos que le eran del todo indiferentes.” El fracaso del analista se produce también a nivel emotivo: “Parecía que no ocurriera nada parecido a un transfer.” Pero Freud no se resigna y añade:

“Esto es naturalmente absurdo o al menos es un modo aproximado de explicar las cosas porque no puede no surgir algún género de relación con el analista y ésta deriva casi siempre de la infancia. En efecto ella transfirió sobre mí todo su repudio de los hombres que venía de la desilusión infantil sufrida a causa de su padre.”

De todos modos el padre del psicoanálisis se vio en la necesidad de interrumpir el “tratamiento” y aconsejar a los padres que visitaran a una doctora con su hija.

La revancha freudiana por este fracaso es el ensayo que publica en 1920, las consideraciones que lo acompañan y las sucesivas sobre el lesbianismo.

El amor entre mujeres para Freud equivale al que se da entre hombres y está causado por tres series de características: 1) caracteres sexuales físicos (hermafroditismo físico); 2) caracteres sexuales psíquicos (decantamiento masculino o femenino); 3) género de elección objetual. Su crítica al organicismo se basa en un “hecho fundamental revelado por sus investigaciones psicoanalíticas”: “en todas las personas normales se puede descubrir junto a la heterosexualidad manifiesta, una notabilísima dosis de homosexualidad latente o inconsciente”. A pesar de esto Freud contesta los trasplantes de ovarios realizados por Steinach con fines terapéuticos en mujeres lesbianas por un motivo que revela sus limitaciones de científico patriarcal: “Una mujer que se haya sentido mujer y que haya amado de forma masculina, difícilmente se dejará encorsetar en el rol femenino, cuando para esta transformación, que no es ventajosa en todos los aspectos, debe pagar con su renuncia a la maternidad.” Tal vez a causa de la fracasada terapia, las generalizaciones freudianas sobre el lesbianismo son más bien cautas. En otras ocasiones Freud afirmará que “en la mujer la inversión presenta caracteres menos ambiguos” y

que “las invertidas activas tienen especiales características somáticas y buscan en el objeto sexual la feminidad”, pero previniendo que “incluso en estos casos, un conocimiento más preciso de los hechos revelaría ciertamente una más amplia variedad de lesbianas”. Como en los otros escritos sobre la sexualidad femenina, su posición sobre el lesbianismo es la de formular una hipótesis declarándose sin embargo “incapaz, con los materiales disponibles, de aclarar su génesis”. En 1926, por otro lado, afirma que “la vida sexual de la mujer adulta es todavía un continente negro para la psicología”. En 1931, comienza una revisión, nunca terminada, de la equivalencia de la fase edípica entre niño y niña. Finalmente en el 35 añade una nota a su autobiografía:

“Las cogniciones sobre la sexualidad infantil se habían adquirido estudiando al hombre y por esto la teoría que derivó fue aplicada al niño varón. La expectativa de un perfecto paralelismo entre los dos sexos, aun siendo bastante natural, se reveló sin fundamento.”

Freud trata así de registrar las críticas de Karen Horney (1926), una de las mayores representantes contemporáneas del psicoanálisis femenino. Freud, sin embargo, había construido las bases asertivas de un método y de una nosografía cuyos criterios de fondo fueron sostenidos, mantenidos y desarrollados en varias direcciones quedando anclados en una rígida ortodoxia.